

TÍTULO: Nubes.

PSEUDÓNIMO: Jules Cabriola.

Una vez leí una historia real sobre cierto investigador del siglo XIX que afirmaba poder hacer desaparecer las nubes con solo mirarlas durante unos minutos. «Bah, eso lo hace cualquiera», pensé. Salí a la terraza a probar suerte. Elegí una pequeñita que venía por el sur y me puse a mirarla fijamente. Al cabo de cinco minutos la nube ya no estaba. Busqué una un poco más grande y volví a probar para asegurarme. Esta vez, la nube se deshizo en diez minutos. «Pan comido». Como tenía toda la tarde por delante, saqué una butaca cómoda del salón. Mi vecino de enfrente salió a su terraza y me miró extrañado; para disimular, le hice un saludo con la mano y esperé a que se marchara para mirar al cielo. Cuando al fin terminé con todas las nubes, fui a preparar la cena. Al día siguiente, el cielo amaneció completamente nublado. Regresé a la butaca, me froté las manos y me puse en acción. Primero logré hacer un pequeño orificio y, a partir de ahí, lo fui agrandando con mucha paciencia hasta que el sol iluminaba ya todo el barrio. Las calles empezaron a llenarse de gente en manga corta. Satisfecho con mi obra maestra, entré a comer y me permití una larga siesta. Pero cuando a media tarde regresé a la vida, el cielo entero, a excepción de aquel primer orificio que había hecho por la mañana, volvía a estar encapotado y amenazaba con tormenta. Me puse el chubasquero y salí a solucionarlo. Pero algo se interpuso en mi camino. Mi vecino había sacado otra butaca a su terraza y tenía la mirada muy fija en aquel orificio diminuto, que no dejaba de disminuir su tamaño. Solo cuando se hubo cerrado por completo, mi vecino se fijó en mí. Entonces, con cara de satisfacción, se puso de pie, me hizo un corte de manga y entró en su casa.